



La Partida

“Recuerdo las últimas palabras que mi madre me dijo antes de fallecer: -La soledad, silenciosa como la noche, es triste y fría cuando no tienes a nadie a tu lado con quien compartirla, Christine.

En aquellos momentos, no supe descifrar el significado de aquellas palabras; tan sólo era una niña. Pero ahora, a mis diecisiete años, comprendo el mensaje que mi madre quiso trasmitirme aquella lúgubre noche de diciembre. Ella sabía, a ciencia cierta, que lo único que me esperaba a partir de ese momento sería soledad.”

Extracto del diario de Christine

Christine miraba con insistencia el reloj de la estación. Las nubes recortaban el horizonte, y su lento movimiento era la única evidencia de que el tiempo no se había detenido. Era la única persona que no se resguardaba, en la sala de pasajeros, del duro sol de verano que quemaba las tardes de *Saint-Marie*, un pequeño pueblo de los Pirineos que lindaba con Francia y cuya industria se basaba en la alimentación.

Su corazón palpitaba con tanta fuerza que le costaba respirar. Sentía miedo e impaciencia por comenzar su nueva vida en Nueva York, romper con todo aunque sólo fuera por un año y demostrarse a sí misma que era capaz de conseguir todo lo que se

propusiera. Pero la despedida media hora antes con su padre le había dejado una sensación de tristeza que empañaba sus ganas e ilusión de comenzar esa nueva etapa.

Christine tenía tan sólo siete años cuando la muerte se presentó de forma inesperada, arrebatándole lo que más amaba en este mundo: su madre. Desde entonces, Christine vivía a solas con su padre, el cual no terminaba de superar el vacío y dolor que un ser querido como su esposa había dejado en su interior. Pero, lo peor de todo era el hecho de que la bebida lo estaba agudizando y provocando un aislamiento mayor de la gente que tenía alrededor, sobre todo de su hija Christine, a la que veía casi como una extraña.

Por su parte, ella no entendía esa actitud de su padre tan victimista. Ella era una luchadora nata como su madre y ver la manera en la que él se distanciaba de todo y perdía la ilusión de vivir la entristecía tanto como la irritaba.

Ahora, sola en la estación, con los nervios propios de un cambio tan grande como era ir a otro continente, hablar otro idioma, estudiar en un instituto nuevo y vivir con una familia desconocida, sentía que añoraba el hecho de no tener a alguien a su lado con quien compartir tal emoción. En ese instante, deseó con todas sus fuerzas que todo fuera como antes; que su madre estuviera ahí para darle un afectuoso abrazo de despedida y la apaciguase con sus tiernas palabras.

Una ráfaga de viento caliente removió algunas hojas del suelo, y los olores tan característicos del verano en *Saint-Marie* la llevaron directamente a un pasado que intentaba desterrar, pero que le pertenecía en cierto modo. Sus ojos comenzaron a empañarse de lágrimas e intentó no llorar.

“El tren con dirección a Madrid está a punto de hacer su entrada en la estación. No olviden recoger sus pertenencias”

La voz mecánica que salía del altavoz la devolvió inevitablemente a la realidad. Todas las personas que estaban en la sala se levantaron repentinamente de sus asientos y se agolparon en la puerta de salida hacia el andén con la impaciencia propia del viajero.

Con el tren a su espalda, Christine volvió a contemplar, en forma de un último adiós, el hermoso paisaje que había sido su hogar desde que nació.

Subió al tren y, tras buscar el asiento número nueve, levantó con dificultad la enorme maleta que llevaba para introducirla en el portaequipajes.

“Genial” –pensó–. “Me ha tocado ventanilla. Al menos, podrá distraerme un poco mirando el paisaje”.

Christine se sentó y, mientras sacaba un pañuelo del último paquete de *kleenex* que le quedaba, lanzó una mirada a su maleta para comprobar que seguía en su sitio.

Sacó de la mochila el *iPod* y, en un desesperado intento por alejar la tristeza, el miedo y los nervios que la atenazaban, buscó a *Lady Gaga* en su reproductor, subió el volumen al máximo y, cerrando los ojos, se hundió en la butaca número nueve del tren con dirección a Madrid.



Un nuevo comienzo

“¿Acaso el destino preservaba mi razón sólo para arrastrarme irresistiblemente a un final más horrible e impensable de lo que haya podido soñar nadie?”

Howard Phillips Lovecraft

Christine se quedaba numerosas noches en casa de su vecina y amiga Mía mientras su padre consumía lentamente su vida bebiendo y malgastando el dinero en los bares. Las dos charlaban hasta las tantas de la madrugada de chicos, ropa y de su pasión común: el cine. Seguramente, Christine, había heredado de su madre el amor al séptimo arte.

En una de esas charlas surgió el tema de estudiar el último año de instituto en Nueva York. Estaban recordando escenas de películas que transcurrieran en la ciudad de los rascacielos y, tras evocar una interminable lista que comenzaba inevitablemente con *Audrey Hepburn* en *Desayuno con diamantes*, pasaron por *King Kong* escalando el *Empire State*, el vuelo de la falda de *Marilyn* en *Lexington Avenue*, *Al Pacino* pactando con el diablo, *Tony Manero* paseando por *Brooklyn* o *Will Smith* conduciendo por *Central Park* en *Soy Leyenda*. Cuando las películas se agotaron, comenzaron con las series de televisión: *Sexo en Nueva*

York, Friends, C.S.I. o Los Soprano. La lista ya estaba agotada, pero dio paso a una interesante idea que en menos tiempo del que hubiera imaginado se iba a convertir en realidad.

Al día siguiente, comenzó a buscar en Internet información sobre becas para los Estados Unidos. Al parecer, en la provincia de Huesca solamente se habían realizado becas para ese país en los institutos privados. Cuanta más información tenía, más negro lo veía.

El lunes, dándolo todo por perdido, preguntó a su profesora de inglés si sabía algo de los programas y, contra todo pronóstico, ésta le indicó que precisamente esos días se estaba debatiendo en la junta directiva la posibilidad de ofrecer por vez primera becas para ese país. Aunque aún no era nada definitivo, una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Christine.

Dos semanas después, la profesora le preguntó:

—¿Has visto el cartel que he colgado en el tablón esta mañana?

—No —dijo despreocupada. Pensaba que se refería a las notas de la tercera evaluación y, como ella nunca había tenido problemas con el inglés, tampoco se mostró muy interesada—. ¿No me habrás suspendido, verdad?

—Aún no he corregido los exámenes —contestó la profesora disfrutando con la situación.

—¿No me digas que...? —gritó sin acabar la frase y dirigiéndose a todo correr hacia el tablón de anuncios.

Llegó exhausta y no tuvo que leer nada para comprender que se trataba de la información para inscribirse en un programa de becas al extranjero. El folleto lo presidía una fotografía de la *Estatua de la libertad* neoyorquina y otra del puente *Golden Gate* de San Francisco.

—No me lo puedo creer —se dijo a sí misma mientras leía y releía el encabezado:

PROGRAMA DE BECAS PARA ESTADOS UNIDOS

Este año, nuestro instituto, en colaboración con la Consejería de Cultura, Educación y Ciencia de la Comunidad de Huesca, se suma a una iniciativa promovida desde el Exchange Visitors Program de Estados Unidos. El programa está dirigido a alumnos mayores de quince años y menores de dieciocho años y seis meses en el momento de matricularse en el colegio norteamericano. Debido al reducido número de plazas disponibles, valoraremos positivamente un alto conocimiento de la lengua inglesa. Si quieres vivir una inolvidable y enriquecedora experiencia estudiando un curso escolar en Estados Unidos, pide el formulario en secretaría y entrégalo antes del 18 de junio en el Departamento de Inglés.

¡No dejes pasar esta maravillosa oportunidad!

Después de leer el anuncio por tercera vez, se dio cuenta de que no estaba soñando y salió disparada hacia la secretaría para rellenar allí mismo el formulario y subirlo al Departamento de Inglés a entregarlo.

Aunque no necesitara, por el momento, la autorización legal de su padre, nadie la libraba del papelón que suponía decirle que se marchaba un año entero. No tenía ni la menor idea de cómo se lo iba a tomar, ni de cómo reaccionaría.

Su amiga Mía enseguida comprendió lo que suponía para ella marcharse del pueblo. Aún y así, insistieron en repasar los aspectos negativos de la situación y, por un momento, hasta ella misma dudó de las bondades del programa. Tras ese momento de debilidad mental, se instaló en la más absoluta de las euforias, absorbida por la necesidad vital de encontrar cualquier informa-

ción sobre experiencias de ex alumnos en otros institutos sobre dichas becas. Los días que pasaron hasta el veinticinco de junio, fecha de publicación de los admitidos y sus destinos, fueron todo un suplicio.

Inexorablemente, la ansiada fecha se presentó. Christine miraba desde la distancia a un numeroso grupo de alumnos que escudriñaba varias listas de calificaciones. No se atrevía a dar un paso hacia el tablón de anuncios. De los nombres que aparecieran en aquella lista dependían sus anhelos y esperanzas de futuro. ¿Y si resultaba que, después de todo, su nombre no aparecía? ¿Cómo iba a encarar un año más en aquel diminuto pueblo que se empequeñecía hasta el ridículo comparándolo con las situaciones que había imaginado en Nueva York?

Conocía de memoria los cuatro requisitos fundamentales para acceder al programa:

-No haber repetido curso.

-Ser mayor de 15 años y menor de 18 años y seis meses en el momento de la matrícula.

-No haber hecho previamente un intercambio.

El último punto era el que más la preocupaba:

-Demostrar madurez, buen carácter y aptitud académica.

Lo de la aptitud académica estaba claro, pero “¿cómo valoraban la madurez y el buen carácter?”, acababa pensando siempre.

Cuando se armó de valor para mirar la lista, el número de alumnos que se había congregado alrededor del exiguo tablón de anuncios había crecido hasta el punto que sólo logró distinguir desde la distancia una pequeña cuartilla con una bandera de Es-

tados Unidos en la parte superior. La lista que podía cambiar su vida estaba a unos escasos dos metros y ni siquiera se podía acercar a leer los nombres. Dentro del gentío que le separaba de su destino, distinguió a Mía, que apuntaba los resultados de los exámenes en un cuaderno apoyado en su carpeta.

—Eh, Mía —La chica ni se inmutó—. ¡Mía! —gritó esta vez Christine para que su amiga la escuchara.

—¡Qué susto, tía! —dijo girando la vista hacia atrás y volviendo a sus anotaciones.

—Hazme un favor, Mía, mira a ver si mi nombre aparece en la hoja esa de la banderita —le dijo señalándola.

—¿Y por qué no lo miras tú? —respondió subiéndose las gafas de pasta que resbalaban por su pequeña nariz.

—¡Porque no puedo! —respondió como si no resultara lo más evidente del mundo.

La verdad es que ella misma se podía haber abierto paso con un par de empujones, pero el miedo a averiguar si su nombre figuraba o no en aquel estúpido papel la hacía mantener una distancia de seguridad.

—A ver, espera —dijo condescendiente. Se acercó al listado y resolvió el que probablemente sería uno de los momentos más importantes en la vida de Christine.

—¡Sí sales, Chris! —exclamó con entusiasmo a la vez que le daba un fuerte abrazo y, tras ello, desapareció entre la multitud dirección al aula de dibujo técnico.

Christine se quedó paralizada. Se había imaginado la escena miles de veces. En todas ellas, acababa dando saltos de alegría y abrazando a cualquiera que se cruzara en su camino. Sin embargo, todos los músculos de su cuerpo se habían quedado rígidos. No podía ni siquiera pestañear. Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y esperó a que el tumulto desapareciera. Cuan-

do se encontró completamente sola, se acercó a comprobar por sí misma el listado.

PROGRAMA DE BECAS A ESTADOS UNIDOS
LISTADO DE ADMITIDOS

Forner Amores, Rubén (San Francisco)
Herrero García, Iván (San Francisco)
Rodríguez Ferrer, Christine (Nueva York)
Ochoa Ruano, Matilde (Nueva York)
Sánchez Ramírez, Carlos (San Francisco)
Soler Romira, Carlos (Nueva York)

–Joder, joder, joder, estoy dentro, no me lo puedo creer –murmulló mientras se alegraba de su doble suerte, al verse incluida en el grupo de los que iban a Nueva York.

Aquellos alumnos que figuren en la lista deberán presentarse mañana a las 16:15 en el Salón de Actos. Se ruega la asistencia de los padres o tutores (obligatoria en el caso los estudiantes menores de edad). Todas las familias recibirán información detallada de la normativa que regula el programa de intercambio por correo certificado.

“Notificación por correo” –pensó.

Aunque tarde o temprano su padre tenía que enterarse, Christine no deseaba empañar con una gran discusión su gran momento de felicidad. Decidió contarle todo el día que recibiera la carta, así que aún tenía un par de días o tres por delante para disfrutar de su nueva situación. Salió del instituto sin pisar el suelo. La nube en la que viajaba caminaba por ella.



Al día siguiente, asistió a la sesión informativa del programa y la tutora, extrañada de no verla acompañada por un adulto, se dirigió a su pupitre esbozando una pequeña sonrisa.

—¿Y su padre, señorita Rodríguez?

—Me temo que no va a poder venir, lo siento. Lleva desde anoche con fiebre —su corazón latía con fuerza a la vez que su respiración comenzaba a acelerarse. Odiaba tener que mentir; pero no tenía otra opción—. ¿Tiene algún inconveniente si me quedo yo a escuchar la charla?

—Por supuesto que no. Pero sí que necesitaría que me entregase toda la documentación firmada lo antes posible, ¿de acuerdo?

—Claro, descuide —respondió Christine con alivio.

La tutora volvió a sonreírle amablemente y se encaminó hacia la pizarra; la sesión informativa iba a comenzar.

Christine escuchó distraída la aburrida retahíla de reglas y normas mientras paseaba mentalmente por *Times Square*, *Central Park* o *Broadway*.

—...y a las familias de acogida se les enviará un resumen del expediente académico así como cualquier información personal de relevancia.

Esas palabras la trajeron de vuelta a la Tierra, pero no le preocupó demasiado. Después de todos los escollos que había salvado, supuso que ya se le ocurriría algo cuando llegara el momento para salvaguardar el gran secreto de su pasado. Desde su torre de marfil, todo parecía tener solución.

Al llegar a casa, la torre de marfil cayó como un castillo de

naipes. Su padre le esperaba sentado en la mesa de la cocina con una carta abierta sobre la mesa. Las circulares se habían enviado el día anterior, justo después de conocer la resolución del programa y colgar en el tablón de anuncios la lista de candidatos admitidos.

—Tú no te vas a ningún sitio —bramó el padre con cara de pocos amigos—. Y, además, enterarme así. ¿No pensabas decirme nada?

—Lo siento. No creía que fueran a enviar la carta tan rápido. Además... tengo diecisiete años, ya no soy una niña. No puedes negarte —argumentó Christine midiendo sus palabras. No quería que se desatara una tercera guerra mundial. Con o sin su consentimiento se iba a marchar, pero prefería una despedida amistosa.

—Es por esos pájaros que sigues teniendo en la cabeza, ¿verdad? —le preguntó mientras se guardaba la carta en el bolsillo izquierdo de su pantalón—. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que las personas que llegan al cine es porque tienen un buen padrino o porque...?

—...No hace falta que sigas. Ya sabemos todos cuál es el problema —le cortó Christine mientras sus ojos castaños se encharcaban de lágrimas—. Ya me lo sé de memoria, no vuelvas a repetírmelo.

—Mira todos los problemas que has tenido en este pequeño pueblo de diez mil habitantes por ser distinta, ¿cómo vas a desenvolverte en una gran ciudad como Nueva York?

—¿Cuándo has decidido preocuparte por mí, papá? ¿Ahora? Porque, si no recuerdo mal, hace un par de horas no me has dicho ni tan siquiera adiós cuando he salido por esa puerta. Que alguien me lo explique porque no logro entenderlo —respondió Christine intentando controlar sus emociones.

Tras unos segundos en silencio, su padre acertó a decir:

—De acuerdo, haz lo que te dé la gana. Todo esto se lo debo a tu madre por aprobar desde siempre todos tus caprichos y consentirte demasiado.

—Sabes de sobra que mamá no me consintió, ella logró entender lo que me sucedió y me quiso. Cosa que tú nunca podrás llegar a hacer.

Christine temblaba a causa de contener la cólera que en aquellos momentos corría por sus venas y mantuvo la mirada firme en el angustioso rostro de su padre antes de marcharse de la cocina sin decir ni una sola palabra más. La discusión había terminado y, por vez primera, Christine había ganado la batalla.



Upper East Side!

“Jamás dejes que las dudas paralicen tus acciones. Toma siempre todas las decisiones que necesitas tomar, incluso sin tener la seguridad o certeza de que estás decidiendo correctamente.”

Paulo Coelho

Una semana después, el entusiasmo inicial había dejado paso a preocupaciones de carácter práctico, y poco a poco fue recuperando el control de sus emociones. O al menos eso creía, ya que al recibir del instituto la llamada para que fuera a recoger la información sobre la familia de acogida, su torrente sanguíneo volvió a descontrolarse. El gran sobre marrón que le dieron, incluía una póliza de seguro a su nombre, un documento con la firma de los *padres de acogida* en el que se detallaban sus derechos y deberes, y una foto de ellos enganchada con un clip a un tarjetón con los datos personales de ambos.

“No me lo puedo creer”—pensó.

—Perdona, ¿estás segura que este sobre es el mío? —preguntó con incredulidad a la mujer que le había dado la documentación.

—¿Y tú estás segura de llamarte Christine Rodríguez Ferrer?

—respondió la secretaria dando a entender que no era un error y que tenía cosas más importantes que hacer.

Peter y Nathalie Dawson vivían nada más y nada menos que en la *Quinta Avenida*, en pleno barrio del *Upper East Side, Manhattan*. Ésta última palabra, tantas veces repetida en su cabeza, se convirtió en una especie de mantra cuasi-religioso. “*Manhattanmanhattanmanhattan...*” Ni en el mejor de sus sueños hubiera imaginado tanta suerte. La Gran Manzana le esperaba. “*The Big Apple*”, pensó sintiéndose un poco idiota, mientras se le escapaba una sonrisa de satisfacción.

El *Upper East Side* era uno de los barrios más exclusivos de la ciudad. Miraba con orgullo a *Central Park*, el pulmón de la ciudad, y en ella se encontraba la joyería *Tiffanys, Cartier* o el *Empire State Building*.

“¿*Qué hacía un matrimonio como aquel participando en un programa como éste?*”, la pregunta pronto se desvaneció en el aire; la verdad es que en ese momento no le importaba demasiado. En casa terminó de leer la documentación que le habían dado y el resto de instrucciones. Buscó en *Google* información sobre los Dawson y resultó que Peter era un prestigioso abogado y Nathalie una galerista conocida fundamentalmente por su ojo para descubrir nuevos talentos y por ocuparse de la dirección de *NYARTS*, la revista de tendencias artísticas más importante de la ciudad. Lo cierto es que Christine se sentía un poco abrumada. “¿*Cómo voy a estar a la altura?*”, pensaba. Pasar de un pequeño pueblo de diez mil habitantes a una gran ciudad de veintidós millones de almas era un salto bastante grande. Además, vivir en uno de los barrios más prestigiosos, junto a dos profesionales de éxito le imponía un poco. Por no decir bastante. Seguro que se sentiría como el patito feo, no tendría ropa apropiada a ese estilo de vida y todo el mundo pasaría a conocerla como la española sin clase.

Unos días después le llegó el primer correo electrónico de su familia de acogida. Eran muy amables y se les veía con muchas ganas de conocerla. Christine les respondió al instante.

–*Dear Mr. and Mrs. Dawson* –dijo en voz alta mientras presionaba las teclas de su portátil.

PARA: Dawson.UPE@gmail.com

DE: Chris.Rodriguez@gmail.com

ASUNTO: Christine from Spain

Acabo de recibir su correo. Antes de nada me gustaría darles las gracias por acogerme durante un año escolar en su casa. Estoy muy contenta con esta estupenda oportunidad que mi centro educativo me ha facilitado. Tengo muchas ganas de conocerles y vivir una gran experiencia. Disculpen si mi inglés no es del todo correcto. Allí sin duda tendré la ocasión de poder mejorarlo.

El resto del mail lo dedicó a responder a algunas de las preguntas que le habían hecho sobre sus preferencias culinarias, estudios, nivel de inglés o sobre qué le gustaba hacer en su tiempo libre.

Adjuntó un par de fotos para que la reconocieran cuando fuesen a por ella al aeropuerto.

En la primera foto aparecía con su amiga Mía en una cafetería que solían frecuentar muchas tardes, vestía unos vaqueros, camiseta clara y un sencillo recogido. Su sonrisa encantadora de labios carnosos y sus enormes ojos almendrados color café seguramente les conquistaría. En la segunda foto, que fue tomada en la boda de un familiar, llevaba puesto un elegante vestido de di-

seño clásico, sin mangas, sin escote, con un diminuto cinturón que marcaba su figura y su cabello largo y ondulado resplandecía a la luz del sol; era una foto preciosa y una de sus preferidas.

Cuando pulsó el botón de enviar suspiró y se recostó sobre la cama. Ya no había vuelta atrás.